



# CALABAZAS



*en el trastero*



*Peste*





Presenta

**CALABAZAS**



*en el trastero*

# CALABAZAS



*en el trastero*



*Peste*

## Créditos:

**Primera edición:** agosto 2011

**ISBN:** 978-84-939168-6-2

**Ilustración de portada:** José María Picón

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso y Miguel Puente

**Corrección de estilo:** David Jasso y JA Laguna Edroso

**Prólogo (cortesía de Noche):** Emilio Bueso

**Autores:** Silvia Barbeito, Jesús Cañadas, Ignacio Cid

Hermoso, Santiago Eximeno, Charly Gang, Silvia

González García, Juan Ángel Laguna Edroso,

Manuel Mije, Elena Montagud [Yume],

Ricardo Montesinos, Manuel Osuna,

Carmen del Pino (Raelana Dsagan) y Darío Vilas Couselo

**Edición: Saco de Huesos Ediciones**

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A 50006 Zaragoza

**Más información y contacto:** [www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

**Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca**

**Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://ww.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Prólogo: Peste

Vivimos en días extraños, en una época en la que el pánico ya no se siembra, se abona. La televisión nos amenaza con la gripe del pollo y la del cerdo y nuestros gobiernos se lanzan a comprar Tamiflu como si estuviéramos a punto de morir todos, pero luego resulta que nadie se lo cree, nadie se vacuna.

Parece que le hayamos perdido tanto el respeto a la peste que ahora ya solo nos sirve para malversar caudales públicos y entretenernos con infestaciones de zombies, pandemias del virus del Ébola, plagas de vampiros que asolan poblaciones enteras... Todo se ha distraído, se diría que nadie quiere reparar en el foco del asunto, que nadie está interesado en abordar seriamente los miedos que marcaron a fuego la memoria de Europa

Quizás porque el trauma tiene seiscientos años de antigüedad. O tal vez porque nos sigue, en cierto modo, doliendo.

Todos hemos oído hablar de la peste negra. Sabemos que redujo la población del mundo desarrollado a la mitad y algunos han oído decir que los territorios del Mediterráneo como el nuestro llegaron a perder el ochenta por ciento de sus habitantes en apenas cuatro años. Casi todas las figuras emblemáticas de la literatura de terror nacerían a raíz de aquello. El mito del vampiro no es otro sino el del revenante, el portador de las plagas. Los zombies no son zombies, son infectados. El hombre lobo también actúa como el que transmite un terrible mal... Todo parece andar conectado con o influido por la impronta que nos dejó la masacre más terrible de nuestra historia. Algo normal, dadas las circunstancias. Porque tampoco ha habido otra pandemia tan devastadora como aquella.

Ahora bien, lo cierto es que la narrativa de terror no parece decidida a atacar la peste bubónica directamente. Le hace quiebros, circunloquios, acercamientos metafóricos, o distantes. Stephen King se aproxima al quid de la cuestión en su «Apocalipsis» pero luego se

nos pierde por los cerros de Úbeda, Kim Stanley Robinson monta una ucronía partiendo del evento... Únicamente Daniel Dafoe toma el toro por los cuernos en su «Diario del año de la peste». En el panorama nacional, nadie se ha aproximado a abordar la peste original sin paliativos ni emplear derivados.

Y digo yo, ¿qué pasa con el miedo primario? ¿Es que nadie va a afrontarlo frontalmente? ¿Por qué razón? ¿Cómo es que nadie se decide a hacer una historia tomando la Europa assolada por la peste como escenario? ¿Es que todos esos siniestros doctores con máscaras de pájaro no resultan sugestivos? ¿Es que todos esos desgraciados apilándose medio vivos medio muertos en interminables hogueras de carne no dan de sí como para que se escriban historias terribles? ¿Qué demonios os pasa con la peste negra, muchachos? ¿Le tenéis demasiado respeto al asunto, o qué? ¿Cómo puede ser que nadie se plantee atacar sin ambages uno de los terrores primigenios de nuestra civilización? ¿Qué clase de panorama ofrece la narrativa de

terror en lengua castellana cuando se supone que está en auge y ni siquiera se atreve a trabajar con el miedo del que vienen casi todos sus miedos?

La única novela que se ha puesto a trabajar en la zona cero se ha publicado recientemente de la mano de Ismael Martínez Biurrun. Y como esto siga así, igual me quita de en medio la gripe A el próximo invierno sin que haya podido sentarme a leer un buen relato bubónico.

Vamos, que me habría gustado que todos los cuentos que he venido a prologar hoy hubieran estado dispuestos a viajar al epicentro del género pero, qué demonios, se trata de una buena selección de trabajos, que es lo que importa. Y todos ellos abordan el miedo a la peste, cada cual a su manera. Es un buen tópico para la literatura de terror.

Porque la peste siempre ha sido y siempre será, en todas sus formas y sentidos, uno de los miedos más profundos de la humanidad... Al fin y al cabo, las religiones nacen crecen y se reproducen gracias al miedo, y el miedo a la

muerte es algo que a todos nos atenaza desde que nacemos hasta que nos toca espicharla, a menudo por algún asunto inmunoinfeccioso y gracias a los inescrutables designios de alguno de los dioses de las pestes que tenemos los hombres, ya sea su nombre Skanda, Bhadrakali, Tlazoltéotl, Sejmet... Somos sabedores desde siempre que todo habrá terminado para nosotros si un día enfermamos hasta morir, de modo que hemos construido todo tipo de iconografía y mitología al respecto. La cosa resulta especialmente curiosa si examinamos ahora la visión cristiana, donde aparecen cabalgando juntos en el fin de los tiempos los consabidos cuatro jinetes del Apocalipsis. Uno de ellos monta un caballo blanco, y no está claro si su nombre es peste... o victoria. Unos exégetas creen que serán las plagas el azote que acompañará al hambre, la muerte y la guerra, otros creen que el jinete blanco es un trasunto de Cristo, o del Espíritu Santo.

Curioso. Lo que para unos es visto como Dios para otros es la pestilencia. La cosa tiene miga,

va a ser que la humanidad anda desde siempre aterrorizada y obsesionada con la peste, a niveles que llegan muy hondo. Que la cosa es mucho más oscura y ancestral de lo que parece, tal vez un miedo cerval, de los que traemos grabados a fuego en lo más profundo de nuestra consciencia.

Somos, en definitiva, conscientes de que nuestro destino podría ser desaparecer algún día gracias a alguna plaga letal. Sabemos cuál es el enemigo biológico más poderoso, un asesino de masas invisible que no se cansa ni siente remordimientos. Sabemos que al enemigo a veces hay que hacerle burlas y hacerle artes. Por hoy, nada como un poco de narrativa de terror para quitarle y ponerle hierro al asunto.

A disfrutar.

**Emilio Bueso**

# Schnabel

## Por Jesús Cañadas

Ámbar triturado, alcanfor, hojas de menta, láudano, clavo, mirra, pétalos de rosa y estoraque. Eso es lo peor, el olor. Sabes que es una perogrullada, pero esa idea te acompaña en todo momento. Puedes vencer el asco que provocan los esputos, la repulsión de las bubas que se abren como flores negras, la repugnancia de los vómitos y la grima que te revuelve las tripas cada vez que examinas a uno de ellos con tu vara. Pero el olor es una punta de hierro que martillea el centro de tu frente. Surge de los trapos empapados en esa mezcla del demonio e introduce dedos de fango por tu nariz. No lo soportas. Pero tienes que hacerlo.

Cada noche, mientras atraviesas el camino de la dehesa, rezas a Dios en silencio. Le pides que

acabe pronto, que mañana al despertar Su mano haya sanado a todos los que, en la última semana, habéis tenido que hacinar en el hospicio. Por favor, Señor. Que no tenga que volver a soportar ese olor. Pero cada mañana, Dios te vuelve a defraudar. Así que le vuelves a rezar camino a casa. Pronto pasará, te dices al acabar la oración. No quieres pensar en las noticias que traen los arrieros. No quieres recordar lo que cuentan los palafreneros cuando el vino les suelta la lengua. No te permites pronunciar las palabras que corren como ratas por los pasillos de la Universidad. Incontrolable. Palabras que proliferan en el lodo que se acumula en las herraduras de tu caballo. Plaga. Palabras que el humo de las hogueras de cadáveres dibuja en el aire. Incurable. Palabras pronunciadas en un lenguaje que ya casi has dejado de entender. Castigo.

Llegas a la hacienda. El sol se pone en los límites de la dehesa. Las piernas te duelen a cada paso. Empujas la puerta. Arrugas el labio ante el chirrido de los goznes. Óxido. El hierro

sangra. Sacudes la cabeza. Es el final del día, tu cabeza está agotada. Bienvenido sea el silencio. Caminas hasta la cocina. Enciendes una vela y, por fin, te desprendes de la máscara.

La dejas encima de la mesa y vas a cortar un poco de queso. Sabe a pus. Lo escupes. Una corriente de aire pasa a tu lado. Alguien se mueve a tu espalda. Te das la vuelta.

No hay nadie. Solo la máscara, sobre la mesa. No recuerdas haberla dejado en esa posición. Sus ojos te miran. Pero no son ojos, te dices. Son agujeros. Bostezas. La luz de la vela acaricia el pico blanco. Te acercas a ella. Te agachas y la miras cara a cara. Ves lo que ven los enfermos, los enterradores, los gusanos. No te gusta.

Qué extraño poder tienes, le dices, te dices. Yo solo soy un hombre, pero cuando te llevo, me convierto en el Doctor. Me haces más que humano. Tú consigues que ellos confíen en mí, que tiendan hacia mí sus manos, que depositen en mí sus esperanzas. Me conviertes en Dios. Pero el precio es alto. Me eliminas. Usurpas mi cuerpo. Devoras al hombre. Ellos esperan que

aparezcamos entre la niebla, tú vistiendo mi piel, yo llevándote sobre los hombros. Allí donde la muerte baila. Porque estás hecha de muerte. Has sido creada para advertir. Para asustar. Los que están sanos se espantan cuando te ven. Azuzan el caballo en dirección opuesta, se pierden murmurando plegarias. ¿Por qué? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres de nosotros?

Sin proponértelo, has hecho la pregunta al aire. Tu propia voz te sobresalta. La cocina está vacía. La vela mengua, o eso te parece. La coges. Las sombras engordan como cerdos antes de una matanza. Más vale que vayas al abrevadero. Te espera el peor momento del día.

Cierras la puerta a tu espalda. La máscara se queda ahí, sobre la mesa de la cocina.

En la oscuridad.

La luna empieza a salir por la loma. Pronto se reflejará en la alberca, pero aún no. Por ahora, el agua es tuya. La noche te eriza la piel. Intentas seguir el ritual que tú mismo te has impuesto, pero siempre fallas. Tranquilo, te repites. Al

principio consigues controlarte. Te vas desprendiendo poco a poco de cada pieza de ropa. Te quitas la sobrepelliza encerada que te cubre hasta la nuca. Caen los guantes. Fuera los borceguíes. Adiós a la pelliza. Pero a medida que las prendas se van depositando en el suelo y el aire te acaricia, te sientes cada vez más indefenso. La duda se apodera de ti. Respiras con dificultad. Algo te revuelve las tripas. ¿Sucederá? ¿Será esta noche? Te arrancas más piezas de ropa y las arrojas lejos. Para cuando tu greguescos descansan a tus pies, la duda se convierte en certeza. Lágrimas de fatalidad bajan por tus mejillas. Te pellizas la piel. Hueles cada rincón de tu cuerpo. Te inspeccionas. Te bañas en el agua de la alberca, te frotas con puñados de tierra. Fuera, fuera, fuera. Las raíces te arañan. Te purificarías con fuego si pudieras, pero no te atreves. El fuego es para las brujas.

Cuando vuelves a sentirte limpio, te santiguas.

Un día más.

Te tumbas en el lecho. Tu mujer duerme. Se revuelve a tu lado. Intentas no tocarla. Intentas no tocar nada. Temes que haya llegado hasta aquí, que haya atravesado la dehesa como un ladrón y haya irrumpido en tu casa. Te da miedo que tu mujer se gire y la visión de los bubones te golpee como un mazo, borrando el mundo. Cierras los ojos, pero los ves. Los ves una y otra, y otra, y otra vez. Estás tan ocupado hundiéndote en tu horror que ni siquiera percibes el momento en que te quedas dormido. Sueñas. Sueñas con el día en que te dieron la máscara, el día en que dejaste de ser quien eres para convertirte en el Doctor. Revives la sinfonía de gemidos de los pacientes tras los muros, los espumarajos, las antorchas en las paredes, los cuchicheos de tus compañeros a tu paso por los pasillos, la soledad en el despacho de tu decano. Atiendes a su explicación sin comprender del todo la magnitud de lo que dice. La prioridad es controlar los brotes de lo que, en ciertos círculos, han empezado a llamar

con un nombre que no quieres pronunciar, un nombre que te trae reminiscencias de iglesia, de domingo, de azufre. En el sueño que bebe de tu recuerdo, la máscara está ahí, sobre la mesa del despacho, cubierta con un lienzo. Escuchando. El decano aparta el lienzo. Suena como una bandada de murciélagos alzando el vuelo. La mano del decano desciende con lentitud hasta la máscara. Te invita a probártela. Tú obedeces, solo una parte de ti se da cuenta de lo que estás aceptando. La agarras con las dos manos, ignorando el temblor, y te la acercas a la cara. El olor de las esencias te estrangula. Cuando miras a través de las gafas de cristal, el decano ha desaparecido. En su lugar hay uno de tus hermanos. Otro Doctor. A su espalda se abre el camino de la dehesa que lleva a tu hacienda, y sobre la dehesa la luna, y sobre la luna una profusión de bubones. El Doctor te mira. Sus ojos están vacíos, pero no son ojos. Son agujeros. Su voz es un niño atrapado en un pozo. Algo se acerca, te dice. Algo grande. Algo peor que la peor de las guerras. Está asomando por la

puerta. Vas a intentar detenerlo. Y fracasarás.

Fracasarás.

El estrépito te hace emerger a la vigilia como si te hubieran vertido un chorro de agua sobre la cara. Boqueas unos segundos, convencido de que el olor ha vuelto. Pero la conciencia vuelve a abrazarte. Y entonces suena otro estrépito.

Echas mano del crucifijo. Enciendes una vela y sales de la habitación. Te quedas quieto. La puerta de la cocina está abierta. Ya no recuerdas si la has cerrado o no. Pero lo peor es el olor que sale de dentro. Ámbar triturado, alcanfor, hojas de menta, láudano, clavo, mirra, pétalos de rosa y estoraque. Llega hasta ti, más fuerte que nunca, el aroma destinado a salvar tu vida y pudrir tu alma. En ese momento estás seguro de que está ahí. El Doctor está ahí, pero el Doctor ya no eres tú. Es simplemente el Doctor, con su hedor, su sayo encerado y su vara de hierro sangrante para examinarte desde lejos. Porque ahora eres un enfermo más. Has dejado de ser el Doctor. Ha llegado hasta aquí, hasta ti, y has de

ser tratado. Has caído desde las alturas.

Algo se mueve en la cocina.

El corazón se te desboca. Caminas hasta la puerta. Aprietas el crucifijo contra el pecho. Te asomas dentro y adelantas la vela, como si te fuese a proteger. Hay un gato en el suelo, junto a la mesa. Juguetea con pedazos de pico empapados en esencias. Arrugas el rostro. La ha matado. La ha destrozado. El gato levanta la cabeza, plata en sus dos ojillos gemelos a la luz de la candela. Con una calma que en realidad no sientes, depositas la vela en la mesa. Levantas el crucifijo. La ha matado. La ha destrozado. Y va a pagarlo.

El primer golpe llega tarde. El gato salta sobre el alféizar. Blandes el crucifijo como si fuese el garrote de juguete de un niño. Estás gritando. Repartes palos a diestro y siniestro, pero el demonio es más rápido que tú. Los platos de barro estallan, los trozos se te clavan en las manos. En los pies. No puedes parar. El gato salta de un lado a otro. En algún momento, los gritos de tu mujer se suman a los tuyos. Pero no

puedes parar. El olor lo inunda todo, os atrapa, os consume, baila a vuestro alrededor. Te duelen los brazos. Cuando el crucifijo se rompe, empiezas a golpearlo todo con los puños. El gato salta. Parece reírse de ti. Pisas un Cristo hecho añicos. Haces agujeros en el adobe. No puedes parar.

El gato se escabulle por un hueco. Le lanzas medio crucifijo. Fallas. Tus brazos chillan. Tu mujer también. No les haces caso. Te agachas junto a la máscara. La ha matado. La ha destrozado. Sostienes los trozos entre tus manos, te los pasas por la cara, por la piel, bebes el maldito olor que, ahora lo sabes, te ha abandonado para siempre.

Y entonces lo oyes. El miedo de tu mirada abraza al de la mirada de tu mujer. Algo se acerca por el camino de la dehesa. Se oyen voces. La luz de la luna mengua ante otro resplandor. A través de la ventana se adivina el brillo del fuego. Sales por la puerta. Es fuego, sí, pero no el dedo de Dios que tenía que erradicar este castigo de la faz de la tierra. Son antorchas.

Antorchas y más antorchas empuñadas por manos. Se dirigen a la hacienda. Están aquí. Peor que la peor de las guerras. Vienen del brazo de sus seres queridos, convencidos de que su amor les protegerá del contagio. Vienen hasta ti, desbordado ya el hospicio, buscando al Doctor. Vienen armados de confianza, de manos tendidas, de esperanza.

Tú caes de rodillas. Las lágrimas recorren tus mejillas. Alzas hacia el cielo los trozos de cuero empapados en esencias aromáticas. Le pides a Dios que se vayan, que se vayan, que se vayan.

Dios te defrauda.

## Sobre el autor de «Schnabel»:

**Jesús Cañadas** nació en Cádiz en 1980. En la actualidad vive entre Valencia y Berlín, ciudades donde compagina la escritura con la gestión cultural.

Entre su producción escrita encontramos colaboraciones con revistas de género como Miasma, Lovecraft Magazine, Aurora Bitzine o la prestigiosa Revista Asimov. Ha formado parte de la antología Visiones en su edición de 2008. También colabora periódicamente con las revistas de arte y literatura Área Zinc y La Mirada de Odín. En Mayo de 2011 publicará El Baile de los Secretos, su primera novela, con la editorial Grupo AJEC.